

efectos no sólo en las posibilidades de desarrollo de muchos países, sino también en su estabilidad política y en su fortalecimiento democrático.

Cuando la desesperación individual ocasionada por el hambre y la incapacidad para proveer de alimentos a los hijos se convierte en un problema colectivo, puede conducir a manifestaciones de descontento social capaces de desestabilizar a los gobiernos de los países afectados. En nuestra región esa situación ya se está viviendo en Haití, país que visité hace diez días, al cual es preciso ayudar en todas las formas posibles porque es el primer caso en nuestra región en que el problema de la escasez de alimentos se manifiesta de una manera crítica.

El Presidente del Banco Mundial señaló recientemente que al menos 33 países están en riesgo de enfrentar dificultades sociales a causa de la falta de alimentos. Si bien la mayoría de estos países se encuentran en Africa, en nuestro hemisferio debemos estar alertas ante un fenómeno que podría tener efectos negativos en nuestros esfuerzos encaminados a combatir la pobreza y fortalecer la democracia.

De partida, la crisis alimentaria amenaza con deteriorar una situación en la que si bien han existido progresivos avances, aún presenta serias dificultades. Me refiero al hecho que en nuestra región más de 50 millones de personas aún no tienen acceso a una alimentación adecuada. La desnutrición infantil, con sus negativas secuelas biológicas, sociales y económicas, afecta hoy a más de 9 millones de niños.